

Yemen, catástrofe humanitaria

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

Según hemos sabido recientemente (26 de julio), a través de un comunicado conjunto de tres agencias de la ONU (la Organización Mundial de la Salud-OMS, el Programa Mundial de Alimentos-PMA y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia-Unicef), Yemen sufre el peor brote de cólera en medio de la mayor crisis humanitaria del mundo. Los datos son escalofriantes: sólo en los últimos tres meses se han producido “casi 1.900 muertes asociadas al cólera y unos 400.000 casos sospechosos de haberla contraído”. Los servicios sanitarios, de agua y saneamiento no funcionan a causa de una guerra que dura, cuando menos, dos años y medio. El país está al borde de la hambruna y prácticamente dos millones de niños sufren una desnutrición severa. De ahí la alerta lanzada por los responsables de estos tres organismos internacionales, toda vez que un buen número de infraestructuras hospitalarias están destruidas o dañadas. La necesidad de que la comunidad internacional trate de arbitrar una solución cuanto antes se antoja decisiva para evitar males irreparables en una población que lleva sufriendo tanto tiempo y que asiste inermemente a una lucha que, de momento, no parece que tenga visos de resolverse en breve. Ya que, a diferencia, de Siria, por ejemplo, aquí no hay planteada aún rondas de negociaciones como las de Ginebra o Astaná. Por otra parte, la inexistencia de un éxodo masivo no ha agitado aún las conciencias de los líderes mundiales. Al contrario. Riad, el gran poder de la península arábiga, gestiona este affaire como algo propio, sin grandes injerencias exteriores. De hecho, en la reciente visita de Trump a la zona este asunto no tuvo relevancia alguna. Al revés, para satisfacción del mandatario norteamericano, el rey Salman cerró un multimillonario acuerdo de compra de armamento con Estados Unidos, reforzando su posición en la zona.

Aunque cabe advertir que cuanto está sucediendo en Yemen tiene una dimensión regional. De manera que lo que empezó siendo una revuelta contra el presidente Saleh, en el marco de las denominadas “primaveras árabes”, ha desembocado en una cruenta conflagración. Hay que recordar que Saleh fue el máximo mandatario de Yemen del Norte desde 1978, continuando en su puesto tras la unificación en 1990. Las protestas de 2011 fueron reprimidas violentamente y, tras un periodo de interinidad, finalmente renunció al cargo. Mientras, en las elecciones del 21 de febrero de 2012 salió vencedor su vicepresidente, al-Hadi, el único candidato. Culminaba de este modo el proceso de transición, esperándose el fin de las turbulencias que venían asolando Yemen desde la unión, pero no ha sido así, primero por la entrada en acción de Al-Qaeda y luego de los zaidíes. En un contexto de progresiva confrontación entre sunitas y chiítas en el Próximo Oriente, una rama de estos últimos, los zaidíes, empezaron a verse progresivamente amenazados por los primeros. Los zaidíes son mayoría en el norte de Yemen, habiendo también algunos en la vecina Arabia. Sin embargo, en el antiguo Yemen del Sur, predominaban los sunitas, de suerte que tras 1990 pasaron a ser una minoría entre los yemeníes. A consecuencia de ello, en 2004 el ex parlamentario y clérigo zaidí Hussein Badreddin al-Houthi se rebeló contra el gobierno en favor de los derechos de este grupo y de conseguir algún tipo de autonomía política, propuesta que fue rechazada. No obstante, las reclamaciones, lejos de remitir, se intensificaron tras los acontecimientos de 2011, de forma que en septiembre de 2014, los zaidíes o hutíes (seguidores de al-Houthi) se alzaron en armas, apoderándose de los principales edificios gubernamentales de Saná. Hasta el mismo al-Hadi fue apresado. Los mandatarios acusaron entonces a Teherán de estar detrás de esta acción, calificada como un golpe de Estado, y los hutíes acercaron posturas con Saleh, muy descontento de cómo tuvo que salir de Yemen.

Y como para entonces las relaciones entre Irán y Arabia estaban sumamente deterioradas por mor de las hostilidades en Siria e Irak y del apoyo persa a los ejecutivos chiítas de Damasco y Bagdad, Riad decidió entrar en combate en marzo de 2015. Con un doble objetivo: primero, evitar la propagación de las reivindicaciones de los chiítas yemeníes a los chiítas árabes y, segundo, mantener su autoridad frente al influjo y al poderío militar desplegado por Irán. Aquí no debemos

olvidar que Yemen es un auténtico patio trasero de Arabia, por lo que cualquier signo de inestabilidad puede ser contagioso. Por eso, la coalición internacional que Riad lidera en Yemen contra los insurgentes es una de las claves de esa lucha fratricida que viene afectando al mundo musulmán desde hace lustros. A este respecto, Yemen es una simple pieza dentro de ese complejo tablero de las relaciones internacionales.

El problema es que es una pieza que no parece interesar a casi nadie, salvo a un puñado de abnegadas ONGs, que cada día tienen más difícil hacer su trabajo allí. Para hacernos una idea de la situación y del valor del informe arriba mencionado, en septiembre de 2016 Médicos Sin Fronteras anunció que abandonaba Yemen dada la imposibilidad de continuar con sus labores por la intensificación del conflicto. Un conflicto que parece monopolizado por Arabia y donde el resto de las potencias, en especial, las occidentales, no parecen estar dispuestas a entrar. Su condición de gran suministrador de petróleo y su teórico papel de estabilizador en un área tan convulsa otorgan a Salman una posición intocable, sin que, de momento, se atisbe solución alguna para esos millones de yemeníes atrapados entre dos fuegos, rehenes de las dos facciones en pugna y acuciados por una dramática realidad.

29 de julio de 2017

Publicado en *El Diario Vasco*, 3 de agosto de 2017, p. 22